

Agatha Christie[®]



**MUERTE EN
LAS NUBES**

Agatha Christie

Muerte en las nubes

Traducción de A. Nadal

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.



No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Death in the clouds Copyright © 1935 Agatha Christie Limited. Todos los derechos reservados.

AGATHA CHRISTIE, POIROT, la firma de Agatha Christie y el logo del Monograma de AC son marcas registradas de Agatha Christie Limited en el Reino Unido y en otros lugares. Todos los derechos reservados.

Agatha Christie

© Editorial Planeta, S. A., 2021
Avinguda Diagonal, 662, 6.ª planta. 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com

Publicado de acuerdo con Grupo Planeta Argentina S.A.I.C.

Traducción de A. Nadal

Diseño de la cubierta: Booket / Área Editorial Grupo Planeta
Ilustración de la cubierta: © David Sierra
Primera edición en Colección Booket: febrero de 2021

Depósito legal: B. 505-2021
ISBN: 978-84-08-23815-7
Composición: Realización Planeta
Impresión y encuadernación: CPI (Barcelona)
Printed in Spain - Impreso en España

Capítulo 1

De París a Croydon

El sol de septiembre caía de lleno en el aeródromo de Le Bourget mientras los pasajeros cruzaban el campo y subían al correo aéreo *Prometheus*, que había de salir enseguida para la ciudad de Croydon. Jane Grey fue de las primeras en entrar y ocupó el asiento número 16. Algunos pasajeros entraron por la puerta central y, pasando por delante de la angosta repostería y de los dos lavabos, fueron a ocupar la parte delantera del aparato. Casi todos estaban ya sentados, y en el interior había un ruido de conversaciones que dominaba una voz chillona y penetrante de mujer. Jane torció ligeramente los labios. Aquella voz le era conocida.

—Querida... Es extraordinario..., no tenía la menor idea... ¿Dónde dice usted? ¿Juan-les-Pins? ¡Ah! Sí. No... Le Pinet... Sí. La misma gente... Pero, claro, sentémonos juntas. ¡Oh! ¿No se puede? ¿Cómo...? ¡Ah! Vamos...

Y luego la voz extranjera de un educado caballero:

—Con el mayor placer, señora. ¡No faltaba más!

Un hombrecillo de cierta edad, con grandes bigotes y una cabeza ovalada, se trasladaba de su asiento a la parte opuesta del de Jane, pendiente de sus objetos personales.

Ésta volvió un poco la cabeza y vio a las dos mujeres cuyo inesperado encuentro proporcionó al desconocido ocasión de mostrarse tan cortés. El hecho de mencionar Le Pinet despertó la curiosidad de Jane, que también había estado allí.

Recordaba perfectamente a una de las señoras de haberla visto sentada a la mesa de bacarrá cerrando y abriendo los puños nerviosamente y enrojeciendo y palideciendo alternativamente su cara maquillada, que la hacía parecer una frágil porcelana de Dresde. Pensó que no tendría que esforzarse mucho para recordar su nombre. Un amigo lo había pronunciado al afirmar que era aristócrata por matrimonio, pues había sido corista o algo por el estilo.

La otra señora era, en opinión de Jane, toda una señora, de esas que en el campo montan a caballo; pero pronto se despreocupó de las dos mujeres para distraerse con la vista del campo de Le Bourget que podía observarse desde la ventanilla. Había por allí otros aparatos y le llamó especialmente la atención uno que parecía un enorme ciempiés.

Estaba decidida a no mirar frente a ella, donde se sentaba un joven que llevaba una gabardina de color azul claro. Y también estaba resuelta a no mirar por encima de la gabardina para no encontrarse con los ojos del joven. ¡Eso nunca!

Los mecánicos gritaron en francés, el aparato produjo un ruido estrepitoso, se mitigó, volvió a rugir y el aeroplano empezó a moverse.

Jane retuvo el aliento. Era su segundo vuelo, y aún se creía capaz de emocionarse. Le parecía que iban a estrellarse contra la empalizada de enfrente. Pero no: se estaban elevando, girando suavemente en el aire, y Le Bourget quedaba debajo y a la zaga.

El correo de mediodía emprendió la ruta en dirección a Croydon, conduciendo a veintiún pasajeros: diez en el departamento de delante y once en el de atrás. Dos camareros y dos pilotos los servían. El ruido de los motores estaba muy hábilmente amortiguado y no hacía falta taparse los oídos con bolitas de algodón. Con todo, el ruido era suficiente para molestar la charla e incitar a la meditación.

Mientras el avión bramaba sobre las tierras de Francia

en dirección al Canal, los viajeros del departamento delantero se entregaron a sus diversos pensamientos.

Jane Grey se decía: «No lo miraré... No quiero... Es preferible que no lo mire. Pensaré en algo agradable; eso será lo mejor para pasar el tiempo y mantener una actitud formal. Empezaré desde el principio y seguiré el hilo de mis pensamientos».

De manera resuelta situó su memoria en lo que consideró el principio de sus reflexiones, que fue el momento de tomar el billete para las carreras de Irlanda. Fue una extravagancia muy excitante.

Recordó las risas y frases burlonas del establecimiento de tocados donde ella y cinco muchachas más estaban empleadas.

—¿Qué harás si ganas, querida?

—Yo ya sé lo que haría.

Planes y castillos en el aire, un sinfín de proyectos.

Bien, no ganó aquello. «Aquello» era el primer premio. Pero ganó cien libras.

Cien libras.

—Gasta la mitad, querida, y guarda lo demás para un día de apuro. Nunca sabe una lo que puede pasar.

—Yo de ti compraría un abrigo de pieles bien elegante.

—¿Y qué me dices de un viaje por mar?

Jane se había estremecido ante la idea de un viaje por mar, pero se mantuvo fiel a su primera idea. Una semana en Le Pinet. ¡Muchas de sus clientas iban y venían de Le Pinet! Cuántas veces, mientras sus manos acariciaban y arreglaban las ondas y su lengua pronunciaba maquinalmente frases manidas, como «Vamos a ver, ¿cuánto tiempo hace que no se ha hecho la permanente?», «Su cabello tiene un color muy extraño, señora», «¡Qué verano tan fantástico hemos tenido!, ¿verdad, señora?», cuántas veces, decimos, había pensado: «¿Por qué diablos no podré ir yo a Le Pinet?». Y ahora podía darse ese gusto.

Por la ropa no debía preocuparse. Jane, como la mayor parte de muchachas londinenses empleadas en establecimientos elegantes, podía hacer milagros con cuatro trapos. Las uñas, el maquillaje y el peinado no dejaban nada que desear.

Jane fue a Le Pinet.

¿Era posible que ahora, al menos en su imaginación, aquellos diez días pasados en Le Pinet acabasen en un incidente?

Un incidente que tenía su origen en la ruleta... Jane destinaba cada tarde una determinada cantidad al placer del juego, decidida a no excederse ni en un céntimo. Contra la superstición general aceptada como norma, Jane tuvo al principio mala suerte. Aquello sucedió la cuarta tarde y precisamente en la última apuesta. Hasta entonces había jugado con prudencia al color o a una de las docenas. Ganó algo, pero perdió más, y por fin estaba indecisa con la apuesta en la mano.

Había dos números a los que nadie había jugado: el cinco y el seis. ¿Podría su última apuesta ir a uno de estos números? ¿A cuál? ¿Al cinco o al seis? ¿Por cuál se inclinaba el corazón?

El cinco, iba a salir el cinco. La bola estaba dando vueltas. Jane alargó la mano. El seis, ya había apostado al seis.

Lo hizo a tiempo. Ella y otro jugador habían puesto al mismo tiempo: ella al seis y él al cinco.

—*Rien ne va plus*—dijo el crupier.

La bola dio un golpe seco y se paró.

—*Le numéro cinq, rouge, impair, manque.*

Jane estuvo a punto de lanzar un grito de contrariedad. El crupier barrió las apuestas y pagó. El jugador que Jane tenía delante dijo:

—¿No recoge usted sus ganancias?

—¿Mías?

—Sí.

—¿Si puse en el seis!

—Está equivocada. Yo aposté al seis y usted al cinco.
—Y le dirigió una sonrisa muy atractiva, enseñando unos dientes cuya blancura resaltaba en un rostro moreno con ojos azules y cabello corto y crespo.

Sin acabar de creérselo, Jane recogió sus ganancias. Quizá atolondradamente había puesto sus fichas en el cinco. Dirigió una mirada de duda al desconocido y le correspondió con otra sonrisa.

—Mucho ojo —le dijo él—. Si no recoge pronto sus ganancias se las birlará cualquiera que no tenga derecho. Es un truco muy sabido.

Luego, con un ligero saludo amistoso, se había marchado. Aquello también denotaba su delicadeza. De otro modo hubiera permitido suponer que le cedía sus propias ganancias como pretexto para relacionarse con ella. No era de esos hombres. Un joven correctísimo... Y ahora lo tenía sentado frente a ella.

Pero todo estaba ya terminado. Ya no le quedaba dinero. Dos días en París, dos días de desilusión, y a casita volando.

¿Y luego qué?

—Alto ahí —le dijo Jane a su pensamiento—. ¿Qué te importa lo que vendrá después? Pensar en eso no hará más que ponerte nerviosa.

Las dos señoras se habían cansado de hablar.

Jane miró a lo largo del pasillo. La señora de la cara de porcelana lanzó una exclamación petulante, examinándose la uña rota de un dedo. Tocó el timbre y, al acercarse el camarero con su chaqueta blanca, le dijo:

—Mándame a la doncella, que está en el otro departamento.

—Sí, señora.

El camarero, muy deferente, muy solícito, desapareció. Se presentó una muchacha francesa de pelo castaño, vestida de negro, que llevaba un joyero.

Lady Horbury le habló en francés.

—Madeleine, tráeme la caja de tafílete rojo.

La doncella atravesó el pasillo hasta el extremo del avión, donde había un montón de mantas y maletas.

La muchacha volvió con una maletita encarnada.

Cicely Horbury la cogió y despidió a la doncella.

—Está bien, Madeleine; déjamela aquí.

La doncella desapareció. Lady Horbury abrió el maletín y de su interior sacó una lima de uñas. Luego se miró largo rato y muy seria a un espejillo, se pasó la brocha por la cara y se pintó un poco más los labios.

Los de Jane se torcieron en una mueca despectiva. Y siguió mirando más allá.

Detrás de las dos señoras se sentaba el extranjero que le había cedido el asiento a una de ellas. Muy arrebuñado en una bufanda innecesaria, parecía dormir profundamente; pero, como si le molestase la mirada de Jane, abrió los ojos, los fijó en ella un instante y volvió a cerrarlos.

A su lado había un señor de rostro autoritario. Sobre sus piernas tenía el estuche de una flauta que estaba limpiando con mucho esmero. A Jane le produjo una impresión cómica, pues más que músico parecía un abogado o un doctor.

Detrás de ellos se sentaban dos franceses, uno de barba negra y otro más joven, acaso su hijo, que hablaban muy excitados y con ostensibles ademanes.

Ante ella sólo estaba el joven de la gabardina, a quien, por motivos inexplicables, había decidido no mirar.

«¡Qué ridículo es sentirse tan agitada! ¡Ni que tuviera diecisiete años!», pensó Jane, con disgusto.

Y frente a ella Norman Gale pensaba:

«Es hermosa, realmente hermosa... La recuerdo muy bien. Parecía tan decepcionada cuando le barrían sus apuestas que valía la pena darle el gusto de ganar. Y lo hice bastante bien... Está encantadora cuando sonrío. ¡Qué den-

tadura tan limpia y qué mejillas tan saludables...! ¡Diablos! Estoy demasiado excitado. Calma, chico...».

Y le dijo al camarero, que se inclinaba a su lado con el menú:

—Comeré lengua fría.

La condesa de Horbury pensaba:

«¡Dios mío! ¿Qué puedo hacer? Estoy hecha una ruina..., una ruina. No me queda más que un remedio. Si me atreviese... ¿Me atreveré? ¿Cómo puedo disimular lo que está tan claro? Tengo los nervios alterados. Esta cocaína. ¿Por qué habré tomado cocaína? Mi cara es horrorosa, sencillamente horrorosa. Y esa gata de Venetia Kerr aún lo estropea más estando aquí. Siempre me mira como a una puerca. Pretende a Stephen. ¡Bueno, pues no lo tendrá! Su cara alargada me descompone... Parece un caballo. Detesto a estas provincianas. ¡Dios mío! ¿Qué puedo hacer? He de tomar una resolución. Ya tenía razón la vieja zorra...».

Metió la mano en un lujoso bolso buscando una pitillera y puso un cigarrillo en una larga boquilla. Sus manos temblaban ligeramente.

La ilustre Venetia Kerr pensaba:

«Es una pérdida. Tal vez sea técnicamente virtuosa, pero es una pérdida de pies a cabeza. Pobre Stephen... Si al menos pudiera separarse de ella...».

Y, a su vez, sacó la pitillera y aceptó un fósforo de Cicely Horbury.

El camarero dijo:

—Perdón, señoras: no fumen.

Cicely Horbury exclamó:

—¡Diablos!

Hércules Poirot pensaba:

«Es bonita esa pequeña de ahí. En su barbilla hay determinación. ¿Por qué estará tan preocupada? ¿Por qué está tan decidida a no mirar al joven que tiene enfrente? Tanto él como ella se dan cuenta de su actitud mutua... —El aero-

plano inició un súbito descenso—. *Mon estomac!*», y algo temeroso cerró los ojos deliberadamente.

Mientras acariciaba la flauta, el doctor Bryant pensaba:

«No puedo decidirme, sencillamente, no puedo. Éste es el viaje más decisivo de mi carrera...».

Sacó la flauta del estuche nerviosamente, con cuidado, con cariño... La música... En la música encuentra uno alivio para todos los quebrantos. Sonriendo, acercó la flauta a sus labios y luego la volvió a guardar. El hombrecillo de los bigotes, que estaba a su lado, dormía profundamente. Por un momento, cuando el avión descendió un poco, se le había visto palidecer. El doctor Bryan se congratuló de no indisponerse ni por tierra, ni por mar, ni por aire...

M. Dupont *père* se revolvió agitado en su asiento, increpando a su hijo, al que tenía al lado.

—Eso no ofrece la menor duda. ¡Todos están equivocados..., los alemanes, los americanos, los ingleses! Si miras la vajilla de Samara...

Jean Dupont, alto, rubio, con una pose de indolencia, dijo:

—Hay que sacar las pruebas de todas las fuentes. Ahí tienes el Alto Halaf y Sakje Geuze...

Prolongaron la discusión.

Armand Dupont abrió atropelladamente un maletín muy gastado.

—Mira cómo hacen hoy estas pipas kurdas. La decoración es casi exacta a la que se ve en la cerámica de 5.000 años antes de Cristo.

Y con un elocuente ademán estuvo a punto de tirar el plato que un camarero colocaba ante él.

Míster Clancy, autor de novelas detectivescas, se levantó de su asiento, detrás de Norman Gale, y fue al otro extremo de la cabina, sacó un libro del bolsillo de su chubasquero y volvió con él a trabajar en la redacción de una coartada difícil para sus fines profesionales.

Míster Ryder, detrás de él, pensaba:

«Tendré que mantenerme firme hasta el final, pero no será fácil. No sé de dónde voy a sacar los débitos para el próximo dividendo. Si excedemos el dividendo, estoy perdido... ¡Maldita sea!».

Norman Gale se levantó y entró en el lavabo. Apenas hubo desaparecido, Jane sacó un espejito para mirarse la cara, a la que aplicó polvos y lápiz rojo.

Un camarero le sirvió una taza de café.

Jane miró por la ventanilla. Debajo brillaba el azul del mar del Canal.

Una avispa zumbó en torno a la cabeza de míster Clancy, mientras estaba enfrascado en sus elucubraciones, y la espantó distraídamente. La avispa se alejó para volar sobre las tazas de café de los Dupont. El hijo, al darse cuenta, la mató.

Todo quedó tranquilo en el avión. Cesó la conversación y los pensamientos de cada uno siguieron su curso.

A un extremo del departamento, en el asiento número 2, la cabeza de madame Giselle se inclinó hacia delante. Podía parecer que acababa de dormirse. Pero no dormía, ni hablaba ni pensaba.

Madame Giselle estaba muerta...